

numº
61

JUEVES
CINEMATOGRAFICOS mayo
DE
El Dia Gráfico 3
1928



*La Srta Agueda Adorna, elegida para representar a España
en el concurso internacional de belleza de Galveston.*

~ Foto Badosa ~



Una graciosa escena en la cual interviene el gran actor germano Emil Jannings.



El film de la M.G.M. "El castigo de Dios," cuyo reparto está a cargo de los nombrados artistas Norman Kerry, Lionel Barrymore y Henry B. Walthall.



La famosa estrella Dorothy Sebastian que próximamente aparecerá en el film "El día de las ánimas."



Escena de "El Valle del Infierno," film de la M. G. M. en el que intervienen Edda Murphy y Anita Garvus.



E. Bruce Johnson, Gerente del Departamento Extranjero de la First National, a quien se debe la organización de la nueva empresa británica.



ARGUMENTOS DE PELICULAS

EL SITIO DE TROYA

Cuando Priamo, rey de los troyanos, supo por un adivino, que asistiría en sus horas postreras a la destrucción de su reino, decidió conjurar su suerte exponiendo y dejando a su suerte a su hijo menor París, en el monte Ida. Pero el niño no murió.

Recogido y educado por el pastor Agelas, el hijo del rey Priamo llegó a su adolescencia plétorico de fuerza y salud, pero ignorando su origen real, ya que su padre adoptivo no quiso nunca descubrirsele.

Un día en que las tres diosas, Hera, Athena y Afrodita, sostenían una discusión para saber cuál de las tres era más bonita, fué llamado París para resolver esta dificultad, a cuyo fin debía entregar una manzana a aquella de las tres que se hubiera hecho acreedora a su elección.

Designó como más bella a Afrodita y, en recompensa, la diosa le prometió la mujer más hermosa del mundo.

En aquellos tiempos, y durante una gran ceremonia que se efectuaba en Troya, la estatua de la diosa Hera fué destruída por una violenta tempestad, sumiendo al pueblo en profunda consternación.

Priamo había decidido enviar al templo de la diosa a su hijo Héctor, en misión expiatoria, pero un adivino conjuró al rey a que no dejara partir a ninguno de sus hijos. Entonces, París se propuso hacer la expedición y se embarcó en un fastuoso navío que debía conducirlo a Grecia, sin que nadie pudiera sospechar siquiera en aquel adolescente, al hijo abandonado por Priamo en el monte Ida.

París llegó a Citerea en el preciso momento en que el pueblo de Grecia celebraba las fiestas en honor de Adonis.

Fiel a su promesa, la hermosa Afrodita, escogió para París a la bella Elena de Esparta, la esposa del rey Menelao.

Elena, designada por una paloma sagrada para festejar el despertar del dios de la Primavera, se fué a Citerea, y en el templo del joven dios, París, a quien los navíos habían conducido a esta isla, se vió con Elena y en el pecho de ambos nació una intensa pasión.

A la mañana siguiente huyeron juntos protegidos por el manto de la diosa Afrodita que los hacía invisibles, mientras que el gran sacerdote lanzaba el anatema contra el raptor de la reina de Esparta.

El pueblo de Troya vió en Elena a la enviada de los dioses, y Priamo

obliga a la joven a quedarse con ellos como protectora.

Menelao en persona, fué a reclamar su mujer, aunque perdió el tiempo lastimosamente, porque Elena no quiso seguirle; resignado ante tal decisión se iba a retirar cuando su hermano Agamenon, lanzó una flecha inflamada en el aire, a tiempo que exclamaba:

—Grecia, ofendida, no descansará mientras no vea alzarse las llamas en estos muros de Troya, tan altas como esta flecha.

Aquel fué el primer grito de guerra. Inmediatamente comenzó la batalla. Héctor, hijo de Priamo, desembarcó sus tropas en la costa para defender el país, pero no pudo contener la pujanza de los asaltantes que hacían presa de sus barcos.

Priamo, viendo la situación malparada, quiso convencer a Elena, a la que creía omnipotente, para que concediera la victoria a sus soldados. Elena no podía verificar este milagro. Entonces, París se lanzó entre sus aguerridas huestes y con palabras llenas de fiero optimismo, dió nuevos bríos a sus combatientes.

Esta escena, a la que los griegos asistían como espectadores a distancia, excitó su cólera, imitando sobre todo la del guerrero Aquiles, enamorado de la espléndida belleza de la reina de Esparta.

Pero Agamenón había jurado hacer expiar a Elena su traición, de una manera más cruel que el propio inte-

resado hubiera ejecutado; ya que Menelao declaró, que protegería a Elena contra todos, resistiéndose a creer que obraba por maldad.

Sin embargo, no había hombre más feliz que París: los laureles de los héroes ceñían su cabeza, un reino estaba a sus pies y era adorado por la mujer más hermosa de la tierra.

A pesar del valor demostrado por los griegos en sus repetidos asaltos contra los troyanos, que los resistieron con estoicismo, la guerra de Troya fué larga; la suerte de las armas, estuvo indecisa durante muchos años sin decidirse la victoria por ninguno de ambos campos.

En las duras batallas libradas cayeron numerosos héroes.

Helena, desesperada por el cariz que habían tomado las cosas, intentó volver con los griegos, pero el Consejo de Ancianos votó en contra del alejamiento de la que ellos creían que era una diosa inmortal.

Llegó un día en que el Consejo decidió vengar la muerte de Aquiles, causada por una flecha envenenada. Ulises, que ya estaba cansado de luchar inútilmente contra las impenetrables murallas, echó mano a una curiosa estratagema: mandó construir un enorme caballo de madera, en cuyo interior se colocarían los más audaces guerreros. El resto de las tropas levantarían el campo y lo incendiaría antes que los troyanos se dispersaran, aterrorizados, por la campaña.

Este plan, que fué aceptado por aclamación, se ejecutó en menos de ocho días, y sobre el terreno evacuado muy pronto pudo verse un enorme caballo de madera, en cuyo interior se ocultaban los más valientes guerreros. Esta astucia tuvo un éxito rotundo.

Muy pronto la ciudad de Troya no fué más que un mar de fuego, porque a una señal de Ulises, Agamenón condujo la armada hasta la ciudad, dedicándose a saquearla y arrojando al fuego todo cuanto era susceptible de arder.

Los griegos se precipitaron como una bomba a través de la brecha que los troyanos tuvieron necesidad de abrir en las murallas para introducir el famoso caballo, cayendo tan de improviso sobre los asustados troyanos que no pudieron evitar la espantosa carnicería que con ellos se hizo, medio aturdidos como estaban, y asfixiados por el humo.

Menelao, hirió en esta acción mor-



talmente a París, de un flechazo en el corazón.

Víctima de sus feroces celos, el marido ultrajado quería matar a su infiel esposa, y Elena se desgarró los vestidos para recibir mejor los golpes mortales; pero Menelao depuso tranquilamente su arma, declarándose incapaz de matar a su mujer, culpable o no. Los griegos victoriosos condujeron a bordo de sus naves un inmenso y rico botín, llevando a Esparta gran cantidad de oro y muchos prisioneros.

Cuando todo el cortejo pasaba ante el héroe, Agamenon interpelló a su hermano Menelao para saber cómo se cumpliría su juramento de venganza sobre Elena.

Entonces, una de las troyanas prisioneras, se destacó de un grupo y exclamó, designando a la reina de Esparta:

—¡Lapidad a esa mujer! ¡Ella ha sido la causa de todas nuestras desgracias!

Todos los troyanos y muchos griegos se agacharon para coger piedras y lanzárselas a Elena, pero Menelao se interpuso, protegiendo con su cuerpo a su mujer.

Si hay alguien que deba ser lapidado, soy yo, porque provoqué el destino que tantos sufrimientos nos ha causado a todos, especialmente a Elena — dijo.

Esta vez la muchedumbre depuso su actitud renunciando a lapidar a Elena.

Menelao quitó de su casco la corona triunfal y la colocó dulcemente sobre la rubia cabellera de su esposa. Todos los príncipes arrojaron a su vez sus coronas sobre la reina de Esparta, y el pecho de Elena, purificado del ultraje, recibió flores en lugar de piedras.

Lo que fué la ciudad de Troya

Troya o Ilión era una antigua ciudad del Asia menor, capital de la Troada, y estaba situada cerca de la costa del Helesponto. Esta ciudad, tan célebre en la antigüedad, llevó primeramente el nombre de Pergamo y fué fundada, según se cree, por una colonia pelásgica.

Según las tradiciones abundantes en fábulas, tuvo su primer rey, hacia 1614 años antes de J. C., llamado Scamanda, al que sucedieron Teucer (1590), Dardanus (1568), Erichthonius (1537), Tros (1482, de donde recibió el nombre de Troya; Ilius (1402), de donde tomó el nombre de Ilión, y posteriormente, Laomedón y Priamo.

Ilius fué el que hizo construir, cerca de la ciudadela de Pergamo, donde estaban contenidos el palacio de los reyes y el templo de Minerva, cerca de la fuente de Scamandra y al pie del monte Ida, una ciudad nueva a la que se dió el nombre de Troya o Ilión.

Fuó rodeada de potentes murallas, construídas, según la mitología, por Apolo y Neptuno, provistas de enormes puertas, entre la que se contaba como más principal, la llamada de Scéas. Bajo el reino de Laomedón, Hércules hizo una expedición contra

la ciudad, de la que se apoderó tras breve lucha. Priamo, hijo de Laomedón, dió un impulso considerable a la prosperidad y potencia de Troya, bien ajeno a que debía ser testigo de su ruina.

La Troya de Priamo y Homero fué construída, según Platón, sobre una eminencia, en una hermosa y vasta planicie regada por diferentes ríos que tenían su origen en el monte Ida.

Pero ¿cuál era su verdadero emplazamiento?

Desde tiempos de Strabon ha sido imposible determinarlo de una manera cierta y precisa.

Hace cerca de un siglo se vienen haciendo estudios precisos para determinar su verdadero emplazamiento, dando lugar las diferente opiniones, al nacimiento de una serie de obras sobre el particular, entre las que descuellan las de Choiseul-Gouffier, Le Chevaier, Leake, Spoon, Ubrichs, Forcha mer, etc. etc.

Hasta hace muy poco se ha creído que Troya estaba emplazada en el mismo lugar en que atzualmente se encuentra la ciudad de Bunar-Bachi.

El conde Choiseul-Gouffier, embajador de Luis XVI, hizo practicar excavaciones y pesquisas que posterior-

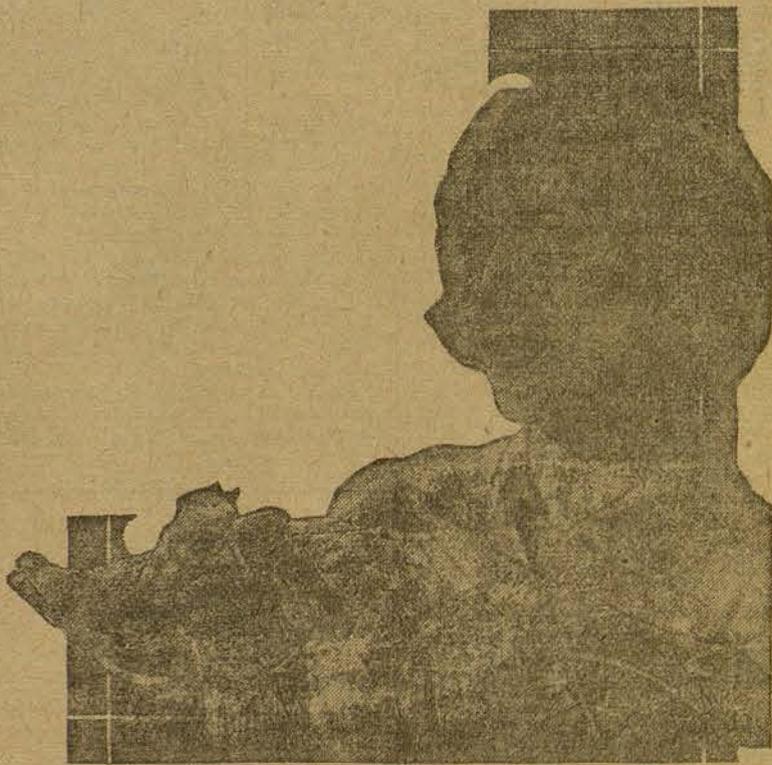
mente fueron continuadas sin llegar a un resultado práctico.

En 1871, el doctor Schliemann, apasionado admirador de Homero y poseedor de una gran fortuna, partió para la Troada y empezó sus trabajos para encontrar la antigua Ilión. Después de muchas pesquisas cerca de Bunar-Bachi, y cansado de la inutilidad de sus exploraciones, trasladó su campo de acción más cerca de la costa, al lugar denominado Hissarlick, donde muy pronto sus desvelos y trabajos se vieron coronados por el éxito, no tardando en encontrar vestigios de la antigua Troya.

Para llegar hasta las rocas que habían servido de base a las diversas ciudades construídas sucesivamente sobre este emplazamiento, fué preciso hacer excavaciones de 16 metros de profundidad. Las diferentes capas de detritus, superpuestas, demostraron plenamente que cuatro ciudades diferentes habían sucedido a la primera.

Pero... dejemos a un lado estos estudios arqueológicos y esperemos el film, que, a juzgar por lo que se dice, hará revivir aquella remota época con un lujo de detalles y un verismo admirables.

Una Joven Moderna



¿Adónde va la nueva generación?

Las antiguas y bellas tradiciones desaparecen. ¡He aquí que Polly Ann Young no solamente ha perdido todo temor a los ratones, sino que ha adoptado un ratoncillo blanco por mascota! No dejamos de preguntarnos, sin embargo, lo

que haría Miss Young si de pronto descubriera un ratón común a la vera de sus tobillos mientras se encontraba en amoroso abrazo con uno de los galanes de Hollywood ante la cámara fotográfica. Puede ser... pero también puede no ser.

EL ACERCAMIENTO DE LOS PUEBLOS

Los films internacionales

En otras ocasiones nos hemos ocupado de la importancia del cinematógrafo como instrumento eficazísimo para el acercamiento y penetración entre los diversos pueblos y razas que habitan el planeta. En este sentido alguien ha dicho, acaso no sin cierta ironía, que el cinematógrafo ejerce un papel tan importante en la aproximación de los pueblos como la Liga de Naciones.

Para que el cinematógrafo desempeñe eficazmente el papel que le está destinado, es preciso que los productores de películas no circunscriban sus actividades productoras a determinada región, zona o país, sino que las den un carácter completamente universal, teniendo en cuenta los gustos y las aversiones que se manifiestan en ciertas secciones del mundo hacia determinados tipos y géneros de películas.

Tenemos, por ejemplo, que la región de Norteamérica comprendida en los Estados de la parte occidental del país, siente un intenso afecto por las películas típicas de esa región, esto es, los cineclámas que han dado en llamarse de cowboys o del salvaje Oeste (Wild West), que no es, por ciento, tan "wid" ni tan salvaje como el vocablo inglés implica. En cambio, en otras secciones de la gran República esas películas han pasado completamente de moda. La tarea del departamento de producción, es pues, satisfacer esas dos corrientes de opinión, esos gustos tan diametralmente opuestos, dando al público del Oeste las películas que desea y al público de los Estados Centrales y del Este films de su predilección.

Lo que sucede en los Estados Unidos, ocurre, en mayor escala, como es natural, en los múltiples y diversos países de la tierra, separados entre sí por fronteras de idioma, gobierno, religión y raza. Al formar los programas de producción de un año para otro, la Paramount tiene muy en consideración las diferencias de criterio y gusto a fin de que las películas que salgan de sus Estudios reúnan las cualidades de universalidad que han hecho famoso el nombre Paramount en todos los confines del planeta.

En un interesante estudio acerca de este asunto, publicado recientemente en el gran rotativo "The New York Times", Mr. S. R. Kont, gerente general de la Paramount, Dammous Lasky Corporation, dijo que "quizás no existe en el mundo otro sistema de plebiscito más democrático que aquel que determina la clase de películas que habrán de proyectarse en la pantalla de los teatros y salones cinematográficos del mundo. El director general de producción de la Paramount está constantemente en comunicación con sus oficinas y agencias en el Extranjero, las cuales se encargan de comunicarle los resultados artísticos y de taquilla de cada una de las pelí-

culas que se exhiben a fin de determinar con certeza las reacciones del público hacia determinado género de película. Analizados los resultados obtenidos en los cientos de países de producción a donde van las películas de la Paramount, el director general de producción posee una orientación que no falla para la confección de los programas que con varios meses de anticipación a la fecha de la publicación de las películas se preparan".

Una de las causas que ha motivado la importación de tantos artistas extranjeros de los Estados Unidos, se debe, principalmente, a la inmensa difusión que tienen las películas de la Paramount en todo el mundo. Y no son sólo actores y actrices los que ofrecen los frutos de su talento a la Paramount, sino que también entre la legión de actores, escenógrafos, cineastas y directores, tenemos las mejores plumas de la literatura universal, entre las cuales se destacan las del malogrado Blasco Ibáñez con "Sangre y Arena", Ernest Vajda, Ferenc Molnar, Lajos Biro, Emil Ludwig y tantos otros. La mayoría de los asuntos creados por esos autores son típicamente europeos, y europeos son, asimismo, los metteurs que los dirigen y los artistas que los interpretan. En estos momentos tenemos, por ejemplo, a Ernest Lubitsch dirigiendo "El Patriota", un vigoroso drama de Rusia, interpretado por Emil Jannings". Por si esto no bastase, Mr. Jesse L. Lasky ha incluido en el "reparto" un grupo de actores europeos de reconocidas habilidades histriónicas.

Pola Negri, la admirable actriz polaca, es otra de las "estrellas" no americanas de la Paramount, que goza de inmensa popularidad en el extranjero. El lector habrá observado que casi todas las películas interpretadas por esa actriz son de asunto europeo. Adolph Menjou, cuya popularidad aumenta diariamente en todas partes del mundo, interpreta casi exclusivamente películas de sabor netamente "continental", como dicen los ingleses.

Al impresionar en el Estudio una película de asunto extranjero, nuestros directores procuran ceñirse estrictamente al argumento del cual se han eliminado de antemano aquellas escenas que pudieran parecer ofensivas a determinado país o a sus habitantes. Si por un azar o por una distracción tan lamentable como involuntaria saliere del Estudio una película que se considerase ofensiva para determinado país, puede tener el lector la seguridad que ésta no pasaría, a pesar de la pérdida que su supresión ocasionaría, del salón de pruebas del Departamento Extranjero, en donde un personal alerta siempre a las palpitaciones del mundo y consciente de la misión de confraternidad internacional del cinematógrafo, se encargaría de impedirlo.



EDDIE GANTOR

LAS «ESTRELLAS» ANTE LAS CUARTILLAS

El culto de la belleza

Se acabaron los tiempos en que las rubias tenían derecho a quejarse porque no podían llevar trajes amarillos, o las morenas porque el verde era su enemigo, o en que las pelirrojas procuraban evitar, cuidadosamente, el azul claro.

Cualquier color puede ser llevado por cualquier mujer, siempre que se tenga en cuenta los distintos modos de pintarse. Una caja de polvos, un bote de rojo, y una barra de carmín para los labios, no bastan para llenar los requisitos del maquillaje de la mujer moderna. Se requieren, por lo menos, cuatro matices de polvos, dos de rojo y dos barras de carmín, el número imprescindible si se desea producir el mejor efecto, tanto de día como de noche, cualquiera que sea el color de su traje.

Una rubia que use una buena cantidad de polvos, varios grados más oscuros que el color de su piel, y con una mezcla de cobre, podrá vestirse sin reparo, de amarillo. Las morenas con un semblante cetrino, adoptando los polvos de color marfil, como base, un poco de rojo anaranjado en las mejillas y rojo cereza en los labios, pueden arriesgarse, sin temor, a verse de verde.

La rubia casi albina que detesta el negro, podría convertirlo en su color favorito con sólo usar polvos de color carne, rojo sangre y barra de rojo laque, para sus labios.

Por la noche, la inmensa mayoría de las mujeres, podrán observar que los polvos ligeramente morados son los que más blanquean el rostro al ser expuesto a la luz artificial. Todos los tonos del morado dan a la piel un tono de cera que se presta mucho para las funciones nocturnas en que se usan los trajes de gran etiqueta.

CLARA BOW

Adolfo Menjou continúa la narración de su carrera artística

No me he dado por satisfecho todavía de mi entrevista con Adolfo Menjou y en mi afán de informar a mis lectores he continuado preguntando.

Adolfo Menjou es cantera inagotable para toda clase de temas, y, por eso, he continuado interpeleándole, contando, de antemano, con su exquisita amabilidad.

La adulación a las «estrellas» de Hollywood

—Alguien ha dicho — he insinuado a Menjou — que el éxito es como una fruta amarga. ¿Quiere usted decirme a qué sabe el éxito para usted?

—Por de pronto no comparto la idea de ese escéptico que tal dijo. Sería poco sincero — ha añadido — si no confesara que el éxito es para mí algo sorprendente y lisonjero, algo tan suave y dulce como almíbar. Y es cosa explicable: tanto he sufrido y tanto me he esforzado para llegar a donde estoy, que ahora que gozo del éxito me siento dichoso y lo saboreo de modo inefable. De paso, déjeme usted decir que hay pocas «estrellas» en Hollywood que a copia de sacrificios y de mucha perseverancia no hayan conseguido fama y gloria. Pero, asimismo, he de hacer constar que Hollywood no ofrece fáciles perspectivas para los aspirantes a artistas cinematográficos, para los que no destacan súbitamente de la multitud — que multitud, o quizás ejército, debiera llamarse a esa afluencia que se calcula en veinticinco mil personas que acuden constantemente a los Estudios solicitando colocación, y de los que no se emplean más allá de cinco mil, por término medio. Hollywood, a pesar de todo, se muestra generosísimo para el «as» que consigue llegar a la cima.

—Por algo Hollywood es la «Meca» del cine — he dicho. Y Adolfo Menjou ha contestado:

—Hollywood puede mostrarse espléndido porque refleja el favor del público de diversas nacionalidades y está secundado por la opinión mundial.

—Cuénteme usted algo del ambiente de gloria que allí se respira — le pido.

—Verdaderamente, es cosa extraordinaria ese ambiente especial del que en Hollywood se disfruta. En cuanto se llega a «estrella» le saludan a uno con inusitadas reverencias, y a la primera noche de una película de importancia, un «speaker» anuncia con voz estentórea la llegada del artista tan pronto como éste asoma por la ventanilla de su auto, ante la puerta del Estudio, y la concurrencia aplaude frenéticamente mientras los más osados se acercan casi a tocar al

recién llegado y los fotógrafos disparan sus instantáneas. Pero estas adulaciones, si bien placen a los actores primerizos que jamás disfrutaron de tales muestras de agasajos, pronto se miran con indiferencia.

—No le satisfacen a usted?

—Prefiero repantigarme en un sillón en mi casa de Hollywood, o situarme en una treraza acariciada por el sol, o desperezarme en cualquiera de las bellas playas del Pacífico y de esta forma enterarme de las reacciones del público que ha visto mi película miles y miles de leguas más allá de donde me hallo.

—¿Y del correo que usted recibe? — insinué a Menjou, quien, sin dejarme terminar, me dice:

—A veces me trae un soplo de lejano aprecio que, realmente, me reconforta. Recuerdo que no hace mucho recibí una carta de Komako Sunado, una preciosa muchacha japonesa, que estudió en Hollywood y luego regresó a su país, convirtiéndose en una aspirante a «estrella» de la pantalla. Creo que hubo en el Japón un concurso para determinar, por votación, cuál era el artista norteamericano más popular por sus películas y el fallo me asignó a mí el primer puesto.

Un regalo caprichoso

Dicha señorita japonesa quiso avisarme de lo acaecido y al mismo tiempo darme cuenta de que había sido designada por el Comité organizador para hacerme un regalo. La señorita Sunado se presentó un día festivo en Hollywood y me trajo una «chagoita», un «Kasa», un «tenogui», un «hapicoat», para completar la decoración y el confort de mi «iye», concretándolo en otros términos más comprensibles para los que no conocen el idioma japonés: me regaló

una muñeca, una sombrilla, una faja y un vestido para formar parte de la colección de cosas exóticas que tengo en mi casa. Quizás a usted o a otra persona no le hubiera sorprendido el regalo tan agradablemente como a mí me conmovió, porque — ya se lo he hecho notar varias veces — soy un verdadero «pájaro de jaula», un enamorado del hogar.

Menjou no es calavera

—Y ¿sabe usted por qué repito tanto que me gusta mucho la casa propia? — me pregunta Menjou, a lo que no tengo ocasión de contestar, pues me responde inmediatamente:

—Lo repito porque hay muchas personas que me tienen por un trasnochador de cabarets elegantes y por hombre que sólo frecuenta los restaurantes más lujosos, que siempre va vestido de etiqueta. Esto para mí, resulta un contrasentido.

—Pero ¿conoce la causa de ese sambenito que le han colgado?

—Claro está que de todo esto quien tiene principalmente la culpa son los «reporters» que me hacen interviús, y llevándose de mí una impresión normal y nada extraordinaria, en cuanto a mi vida privada, prefieren, en tonos pintorescos, descubrirme a sus lectores como un hombre de aventuras, en vez de hacer sólo constar mi corrección.

Recuerdo — explica — una de esas descripciones literarias en las que se pretendía retrarme a lo vivo...

El retrato literario y apócrifo de Menjou

—¿Quiere citarme algún párrafo si le es a usted ello fácil?

—Oiga usted algunas muestras:

«Adolfo... el indiscutible protagonista de los lances de amor... el «diletante» osado... el hombre «fauno» ante el cual las muchachas están en constante peligro, a menos que la policía montada las custodie... peligroso, afable, perfecto en el trato...»

Un elegante... un catador de todo lo mejor del mundo: vino, mujeres, de los salones más refinados y caros... un noctámbulo empedernido, frecuentador de clubs en donde la entrada es difícil, casi inaccesible... una immaculada gardenia en el ojal... el aleteo gracioso de una mariposa que galantemente nos besa... una palabra postrera...»

Y Adolfo Menjou, no sabemos si improvisando a fuer de buen conocedor de la literatura que se le dedica, o verdaderamente recitando de memoria, ha proseguido:

«—Un filósofo del apasionamiento... un psicólogo del amor... que no cree casi en nada... y duda de todo...»



»La exquisitez hecha carne... que nos tiende galantemente su alba y cuidada mano... el eterno y cosmopolita Don Juan... burlador de vírgenes... envidia de los hombres... y desespero de las mujeres... el pretendiente y conquistador fortuito... desdeñoso y altanero... que desprecia las nimiedades que circundan su camino.»

Y luego, tomando aliento, Menjou narra con voz altisonante:

«—Para Adolfo, la mujer ha de ser la cadencia musical que llega a través de la noche bulliciosa... ha de tener dedos de madreperla y alma de sonrosada manicura... vestir ténues velos de seda y adornarse con costosas y raras pieles y sugestivos encajes... hablando despreocupadamente con el acento del agua cristalina y pura.»

«Los ojos de Menjou—sigue éste en su descripción a la manera de sus entrevistantes—reflejan hasta la saciedad su fastidio y su escepticismo... la muerte de toda esperanza, no realizada... y en el fondo de sus pupilas la tumba... la tumba de sus ensueños llorados... inhumados con lágrimas de renunciación y de desprecio o de indiferencia... ojos hastiados... cínicos... desilusionados... figoneadores... y su figura displacente se arrebujaba con elegancia en un abrigo de pieles y se toca con sombrero de seda...»

Menjou trabaja demasiado

—Pero convenga conmigo que algo de cierto ha de haber en tales consideraciones, por lo menos su aspecto exterior concuerda con esas filigranas que le dedican...

—Que mis ojos reflejan mi cansancio, sí, es verdad. En el transcurso de ocho horas a veces trabajo en diez galerías distintas de las muchas que hay en el área inmensa de los Estudios Paramount. Es cosa corriente que me cambie cinco o seis veces de ropa y salga en cuarenta escenas. Cuando, recientemente, hice la película «Un caballero de París», tenían tanta prisa los directores en dejarla lista, que hube de trabajar con una rapidez y una intensidad des acostumbradas. El director de la película «L'Abbadie d'Arrast» se excedía en sí mismo. Trabajaba como seis directores. Nos tomamos la tarea tan a pecho que conseguimos finalizar la película un día y medio antes de lo estipulado en el contrato, y crea usted que ésto es una verdadera proeza.

Y fíjese, por ejemplo, en el número de escenas en que salí en un solo día: un cuarto de baño, interior de un coche, un café, un dormitorio, un salón de modista, en casa de la florista, una mercería, un pabellón de caza, un club, una cocina y la conserjería de un hotel.

Recuerdos

—Ya veo que es un trabajo pesado el de artista de cine... dígame en mi afán de compadecerle, pues estoy convencido que en el mundo no es todo oro lo que reluce.

A lo que Menjou contesta:



LON CHANEY

—Es una labor ardua aunque bien pagada; pero también me divierto y gozo con esas incidencias. Hay una cosa que me satisface en extremo. Para cada una de las múltiples escenas en que diariamente intervengo, se necesita un ambiente apropiado, constituido por los que desempeñan el papel de «extras». Y pienso que cada uno de tales «extras» cobran el jornal de un día entero por el trabajo de una hora, o a veces de menos tiempo. Como que empecé siendo «extra» y me vi obligado, repetidas veces, a no comer más que un solo refrigerio por día, sé lo que representa esta paga, tanto más si recuerdo con qué velocidad corría el alquiler semanal de mi habitación...

—Pero ahora, para usted, el dinero fluye solo...

—El dinero, como dinero no me interesa. Sólo presto atención a las cosas que con el dinero pueden adquirirse, pues éstas son las que tienen valor. Poder realizar un viaje con todo confort, comprar joyas para mi esposa, poseer, por medio del dinero ganado, un excelente hogar... ésto ha sido siempre mi más alto ideal y por eso mi éxito me ha resultado un fru-



to tan dulce y tan apetecible, precisamente porque me ha facilitado el realizar estos anhelos.

El hogar soñado

—Su casa ha de ser un paraíso, a juzgar por el interés que le merece...

—He dedicado bastante tiempo a buscar los enseres y los refinamientos que contribuirían al mayor bienestar en mi casa. Tres muebles hallé que son verdaderamente exquisitos, y los adquirí en el acto: una mesa de escribir, un biombo cincelado y una vitrina. Pertenecieron a Rodolfo Valentino y fueron vendidos en pública subasta después de su muerte. Rodolfo era un hombre entendido y de gusto. Difícilmente olvidaré aquella sesión en que los compré. ¡Pobre Valentino! Era tan vehemente y tan apasionado por las cosas de arte, y sus herederos, sin parar mientes en ello, han vendido sus riquísimas colecciones, aventándolas a los cuatro vientos... Su casa de «Falcon's Lair», en Beverly Hills, fué comprada por un joyero, pagando cerca de treinta mil libras esterlinas, esto es, unas ochocientas treinta mil pesetas, y así todo lo demás, fué a parar bajo el martillo del subastador: pinturas, caballos, autos, perros, muebles, haciendas... Una de las primeras reliquias vendidas fué una mano de mármol de Valentino, magníficamente esculpida por el Príncipe Ironbetzkoy. Eleanor Boardman compró en esa subasta un álbum. Un hermano de Valentino, Alberto Guillermo, compró una copa y otros efectos personales.

La fuerte pasión de Rodolfo por la belleza le inducía a rodearse de todo cuanto fuese raro, exquisito y aprecial-

—Veo que para usted cuenta mucho la creación de un hogar—le digo notando cómo se regodea hablando de ello.

—¿Cómo no si estoy convencido de que una casa que tenga el ambiente de «hogar» es la base de la felicidad del hombre sobre la tierra? Y quizás también la felicidad para la mujer. Por tanto, ha de ser algo más que una «casa» que contenga todos los tesoros del mundo: ha de ser un verdadero «nido» familiar. No es siempre fácil poder realizar este ideal que nace espontáneo cuando se va con amor al casorio.

La fisonomía.

—Su cara dice a la legua que usted conoce mucho el paño femenino. ¿No podría hacerme alguna revelación a este respecto?

—¡No crea usted que yo tenga mucha experiencia en asuntos de faldas! Ya sé que la pantalla, que me ha obligado a interpretar toda suerte de tipos, ha creado a mi alrededor esa forma de «castigador» y mujeriego, pero la estricta verdad es que soy en este sentido un hombre como los demás, que se comporta tal y como acostumbran los demás hombres.

(Continuará)

BIOGRAFIAS

RITA CAREWE

Rita Carewe, la encantadora rubia hija de Edwin Carewe, productor-director de Los Artistas Asociados, nació en Ottawa (Canadá) el día 9 de septiembre de 1906, siendo llevada por sus padres a la ciudad de Nueva York a la tierna edad de cuatro semanas.

Mientras su padre trabajaba como director en Long Island, Miss Carewe permaneció en Gotham, hasta que llegó a la edad de once años, época en que «Daddy» Carewe fué a Hollywood para hacer películas en la costa.

Poco tiempo después de su llegada a la colonia cinematográfica, Rita mostró una decididamente fuerte necesidad de visitar a su padre en los Estudios, contra todos los deseos de Mr. Carewe y su madre, por lo que Carewe, como un medio de alejar su imaginación de las cámaras, determinó enviar a Rita a un colegio, en el que permaneció hasta los doce años de edad, en que ingresó en la Hollywood School para Muchachas.

Graduada a los quince años, Rita pasó al Cumnock School of Artis, para señoritas, de Los Angeles, donde estudió con ahinco, mereciendo premios por sus dibujos a pluma y lápiz, permaneciendo en ella hasta los diez y siete años, en cuya época habiendo obtenido grandes honores como artista, sus padres decidieron enviarla a Europa a que prosiguiera sus estudios, a fin de alejarla de la cinematografía.

En 1924, Rita embarcó para Francia, con el propósito de seguir su trabajo artístico en París pero a los tres meses ya deseaba volver a su país. Sus frecuentes cartas y persistentes súplicas decidieron a sus padres darle permiso para que volviera a Hollywood.

Inmediatamente de su llegada, Rita expresó su deseo de entrar en la cinematografía, por lo que hay que imaginarse el embarazo y la pena de Carewe cuando un día vió a su propia hija entre algunas extras que su ayudante había contratado para una escena en un salón de baile para una de sus películas.

En vista de lo sucedido, Carewe concedió a Rita el permiso y la oportunidad de encontrar una ocasión, dándole un rol principal en su película «Joanna», primera película en la que Dolores del Río apareció desde que Carewe llevó a la muchacha de la buena sociedad de Méjico a Hollywood.

Después de «Joanna», Rita apareció en varias películas, dirigidas y producidas por su padre entre los que se hallan «El primer compañero», «La mujer que mentía» y finalmente en «Resurrección», con Rod La Rocque y Dolores del Río.

Entre sus trabajos más recientes se halla el que hizo con Percy Marmont en una producción titulada «La

voluntad más fuerte», trabajando luego durante algún tiempo con Hal Roach, hasta que volvió a la compañía de su padre con motivo de la selección del elenco para su producción para Los Artistas Asociados «Venganza», en la que Dolores del Río aparece como estrella.

Rita Carewe es declaradamente rubia, pesa 115 libras, tiene los ojos azules y es una de las más populares entre la juventud cinematográfica y social de Hollywood. Ella y Dolores del Río son las mejores amigas, viéndose juntas por todas partes. Rita continúa todavía su trabajo artístico y a menudo hace en los Estudios rápidos diseños sobre los diferentes miembros del elenco y técnicos, haciendo la delicia de todos.

Tiene 22 años de edad y es muy sincera acerca de su trabajo cinematográfico, admitiendo que siendo hija de un muy conocido productor y director, no es muy fácil empresa encontrar trabajo, pues, según Rita, todo el mundo se pregunta por qué su padre no utiliza sus servicios, no comprendiendo la mayoría de las personas que en muchas de las producciones de Carewe no hay un rol conveniente a las cualidades de la pequeña miss rubia.

Los deportes favoritos de Rita son la natación y la equitación. Es una ardiente motorista y conduce ella misma su coche siempre. En cuanto a asuntos del corazón, está completamente libre. Ama a todo el mundo y todos la aman, y al escribir estas líneas todo su tiempo está ocupado con su trabajo de cámara.



LAURA LA PLANTE

CINE DOCUMENTAL

Los Altos Piríneos

El señor Henri Vorins, animador del «Cine documental», ha tomado a su cargo la tarea de hacer conocer Francia a los franceses, porque es una verdad indiscutible que los franceses, lo mismo que los españoles, no conocen más que a medias las maravillas que su propia casa encierra.

Por eso se ha metido dicho señor en la empresa de filmar en un tiempo mínimo, los paisajes más imponentes, los monumentos más notables y los aspectos más imprevistos de los departamentos de la vecina república.

El primer film del «Cine documental» está consagrado por completo al departamento de los Altos Piríneos. No podía escogerse una región más rica en leyendas y tradiciones, ni de lugares más imponentes y pintorescos, ni más digna de interés desde el punto de vista histórico.

He aquí Lourdes, consagrada al fervor cristiano; Argelés y su maravilloso valle; he aquí Saint-Sauveur, e inmediatamente después, una evocación de Napoleón III y su corte inaugurando el famoso puente sobre el abismo, y una creación también de la noble dama Elena de la Loubère, que vino a buscar a las aguas de Saint-Sauveur un milagro para su esterilidad.

Llegamos ahora a Canterets y la espléndida región de los lagos por donde corretean Margarita de Navarra y su corte de amor, luego Rabalais y Chateaubriand, cantando los encantos de este país en su «Occitaniennes».

En los maravillosos paisajes de Luz, vemos los últimos templarios y la muerte de Jacques Molay, gran maestro de la Orden, en la hoguera.

Franqueamos ahora las gargantas del Tourmalet y d'Aubisque, he aquí ahora el Circo de Gavarnie y su impresionante Chaos, Baréges y sus célebres aguas, el valle de Gripp, Bagnères - de - Bigorre, Capvern y la región de Mauvezin, donde asistimos a la rendición de la fortaleza del mismo nombre por Ramounet de l'Espée, estando ésta defendida por Raoul de Foix.

Ahora estamos en Tarves, la capital del departamento, donde se desarrollan una serie de escenas históricas: Napoleón I felicita públicamente al barón Larrey, médico de sus ejércitos; el miembro de la Convención Barrère se niega a entregar a Luis XVI a los representantes del representante del pueblo, y Teófilo Gautier se encuentra allí con sus amigos Sainte - Beuve, Renan y Paul de Goncourt. Y parat erminar, desfilan ante nuestros ojos las mejoras introducidas hoy en la ciudad, entre las que merecen especial mención la magnífica escuela profesional Jean - Dupuy y, luego, como colofón a este hermoso trabajo pasa ante el objetivo el más ilustre de los tarbeses, el mariscal Foch en persona, que ha aceptado su colaboración, posando breves instantes ante el objetivo, en este hermoso film documental.

Declaraciones de Norma Talmadge

"La vitalidad—declara Norma Talmadge—es el mayor poder de todo éxito."

"Y no me diga—advierde—que conoce usted muchos inválidos, que, a pesar de ello, han triunfado y precisamente por la enorme fuerza de su vitalidad. Yo no me refiero a las personas físicamente sanas. Stevenson lo era, en tanto que Charlie Chaplin es un deséptico, y la Duce estuvo enferma la mayor parte de su vida, pero tenía en su interior ese fuego que sólo poseen las personas llamadas a llevar a cabo grandes creaciones.

Todo el que triunfe en la pantalla tiene que aprender pronto que el éxito constante proviene de saber conservar la propia energía y ponerla toda en el trabajo que se desea llevar a cabo."

Sus ojos resplandecen divertidos. Hay mucho de niña en Norma Talmadge, en los rápidos cambios de sus gestos, que revelan la flexibilidad de sus emociones. Por primera vez me fijó en el traje que usa. Es de una suave tela verde con unas cuantas rosas amarillas sobre su hombro, formando bello contraste con sus ojos oscuros, que son grandes, móviles e inquisidores. No usa ninguna joya.

Viendo a esta estrella de la cinematografía en su propia casa, lo primero que llama la atención es su carencia de afectación. Hay en esta joven americana una mezcla de emotividad, sentido común y ambición, tres cualidades que sin duda alguna han facilitado mucho el camino de su triunfal carrera.

"Viviendo en California se hace mucho más fácil el practicar todo lo necesario para conservarse bien. El vivir de las afueras es algo muy importante y aquí todos casi siempre olvidamos cuán alejados estamos. No nos tenemos que preocupar como en Nueva York de las molestas cosas que allí tenemos que ponernos antes de salir a la calle en invierno. Raras veces usamos los ajustados sombreros que siempre llevamos en Nueva York y el viento y el sol cuidan nuestro pelo, mejor de lo que lo pudiera hacer cualquier peluquero. Si se desea conservarse bien, debe uno formarse un programa de varias horas al día de paseo y dieta, que es agradable, mucha agua y mucho dormir.

Tanto los actores como las actrices del cinema, tienen que cuidar mucho más la vista que los artistas de la escena hablada, y esto es, por supuesto, debido a los penetrantes rayos de las luces Klieg. A menudo, al terminar un largo día de trabajo intenso en el estudio, me tiendo en el lecho y coloco sobre mis ojos un vendaje como los que usábamos en "El engaño de un hombre ciego", habiendo mojado previamente un poco de gasa con agua de Colonia, lo que es muy refrescante. No hay realmente nada medicinal en el perfume, pero

su fragancia es exquisita y todo lo que sea agradable es apto a causar alivio.

El poder descansar es, por supuesto, uno de los grandes secretos para conservarse bien. Reposar en un baño caliente después de cualquier labor, especialmente si en él se han disuelto sales agradables, y permanecer en él durante algún tiempo, para hacer luego cualquier trabajo fácil.

Yo opino que los americanos somos las personas más incansables del mundo.

El ritmo de nuestra vida se halla en una tensión más alta que la de los demás mortales. Nosotros, los de la cinematografía, estamos a menudo vestidos a las nueve de la mañana con trajes de noche, sufriendo los problemas y tentaciones de un personaje imaginario, y sólo en el caso de que sepamos sentir que estos problemas son reales, y sufrir y gozar con el carácter que estamos representando, puede ser trasplantada a la pantalla la emoción requerida.

Por lo que tenemos que aprender, no sólo a cuidar de nosotros por nosotros mismos, sino también por esos personajes imaginarios a quienes caracterizamos."

Miss Talmadge, encogiéndose sus expresivos hombros, añade: "No hay mucha disculpa en la mayoría de las mujeres que se quejan de que están cansadas, aunque generalmente las mujeres que lo dicen son las ricas, no la que trabaja.

Después de todo—concluye—muchos de nosotros intentamos engañar a los otros con excusas, y al final sólo engañamos realmente a nosotros mismos."



"TOMASIN"

El plan de vida de Corinne Griffith

Para parecer bien, debe uno sentirse bien. En América vivimos tan intensamente que la tensión de nuestros nervios empieza a las ocho o las nueve de la mañana y a menudo continúa hasta la una o las dos de la madrugada, sin parar un momento, corriendo de un lado a otro, en una palabra: viviendo de nuestros nervios.

Para llevar a cabo una película se necesita una enorme vitalidad, el doble de la que se parece poseer viéndose en la película. Nadie puede pretender estar cansado frente de ese algo maravilloso y terrible que se llama la máquina fotográfica. Para conseguir el mejor resultado se necesita llegar ante la cámara con toda la salud y felicidad que se pueda sacar de la vida y para conseguir esto debe uno someterse a un régimen para conservar estas cualidades.

Mi método es el siguiente: Como carne una vez al día, vegetales dos veces y por la mañana un ligero desayuno compuesto de café y tostadas. Por la tarde tomo té con algunas pequeñas y finas tostadas sin mantequilla, para evitar el tener demasiada debilidad a la hora de la cena, que consiste en carne, vegetales y ensalada, sin postre ni café.

Cuando trabajo en la filmación de una película, duermo ocho horas, y por la mañana hago muy pocos ejercicios, pero a conciencia; son los siguientes: Toda artista cinematográfica debe aprender a andar correctamente, cuyo ejercicio es uno de los mejores para conseguir este resultado. Ponga sobre su cabeza un libro grande, ande por el cuarto y coja diferentes objetos sin balancear el libro. Para esto se necesita mucho tiempo, pero es muy conveniente.

He aquí uno para conservar la esbeltez de la cintura: échese en el suelo con un vestido ligero, y levante lentamente sus pies sin doblar la rodilla, hasta que apunten en la misma dirección que su cabeza. Esto, al principio, parece algo difícil, pero en poco tiempo se consigue repetirlo diez veces con toda facilidad. Pero uno de los ejercicios favoritos de las artistas es sostenerse sobre la cabeza, y realmente no es tan difícil como parece. Hay que empezar por poner las manos en el suelo en forma de que el peso al levantar el cuerpo grabe sobre los codos. Luego, lenta y cuidadosamente, levante su cuerpo del suelo, luego las piernas y finalmente sus pies señalarán al techo. Para el descenso hay que procurar hacerlo con la misma gracia y lentitud, nunca dejándose caer de repente.

C. G.

UNA JOVEN QUE PROMETE

ROLLA NORMAN

Ustedes habrán visto alguna vez en la cubierta de esos «magazines» ingleses un hermoso tipo de hombre, de sólidas espaldas, faz curtida y sonriente, con esa sonrisa optimista, producto de una exuberante salud, lanzarse como una flecha al encuentro una difícil pelota, con la raqueta presta, en un campo de tennis...

Rolla Norman hace pensar al que lo conoce, en esos jóvenes criados al aire libre, ligeros y elegantes.

Es el prototipo de la salud, la fuerza y el esplendor deportivo. No tiene, pues, nada de particular que Hugon haya pensado en hacerle el héroe de una epopeya, en la que se necesita correr en skis, saltar, montar a caballo y jugar al rugby.

—¿Hace mucho que no ha trabajado en la pantalla? — le pregunto.

—¡Ciertamente! Terminé de trabajar en 1926, volviendo otra vez últimamente.

Hace dos años actué en «La isla encantada», bajo la dirección de Rousel. Luego hubo un intervaio. Después tournées teatrales por el extranjero. Formé parte de la selección que Cecilia Lorel llevó a América. Una vez de vuelta recibí una oferta que acepté para filmar «La Veine», de Capus, con Sandra Milowanof y Paulette Berger.

—Y siendo un deportista tan completo, ¿no prefiere su film actual «La gran pasión», de O. Lery y García?

—Alguien antes que yo, dijo: se prefiere más lo que se está haciendo a lo que se hizo. ¡Viva el porvenir cuajado de halagadoras promesas! Cuando sea viejo, ya tendré tiempo suficiente para sumergirme en el pasado...

—¿Hace mucho que cultiva el atletismo?

—Desde los diez y seis años. En aquellos tiempos hacíamos matches homéricos de carreras pedestres, alrededor del Lycée Voltaire, con... Paoli.

—¿El célebre Paoli, tantas veces campeón de Francia en diferentes deportes y que actualmente rueda en Hollywood, después de haber hecho diferentes creaciones en la pantalla francesa?...

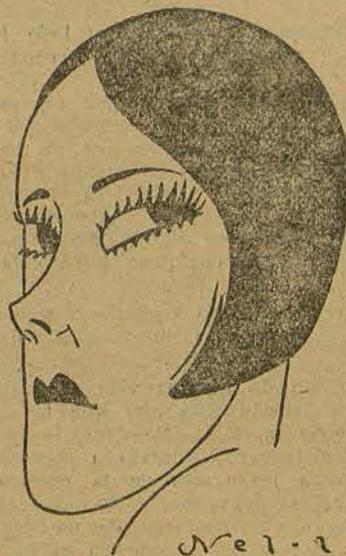
—El mismo. Es curioso. El destino parece haberse complacido en que nos encontremos, sin cesar, en la vida. Más tarde lo volví a encontrar en una obra antigua que había sido montada en el Circo de Invierno por Camier. Fué un ensayo que no continuó.

—Y ustedes representaban dos atletas, ¿no es eso?

—¡Naturalmente!...

Hugon, que va buscando a sus intérpretes, interviene:

—Es muy agradable trabajar con deportistas. Nunca tienen una rebelión producida por mal humor. Siempre la canción de la vida desgrana



sus rientes notas al ritmo de sus movimientos...

Yo no deseo otra cosa más que todos mis intérpretes sean fieles adeptos de esta concepción de cosas, que pone una dulce luminosidad en los ojos y una eterna sonrisa en los labios...

—Se nos reprocha a los deportistas no ver nada aparte de nuestros juegos. Este es un error absurdo. Mis ejercicios no es motivo que me impida adorar las cosas artísticas. La pintura..., la poesía..., la música!...



Esta última palabra la ha pronunciado más lentamente que las demás y con cierta emoción que nos ha pasado desapercibida.

—¿Es usted músico?

—Sí; soy violinista. Soy un admirador de Debussy. Me gusta también Schumann, sobre todo, por la tarde, en el campo, con las ventanas y balcones abiertos de par en par, recayentes sobre algún frondoso parque a la hora tan idílicamente tierna en que empieza a lanzar sus argentados destellos la estrella del pastor...

Cambiamos de conversación y volvemos a los asuntos del cine:

—Los americanos han producido muchas películas deportivas, ¿será parecida a esas la en que usted trabaja?...

—De ningún modo. Nosotros no coincidimos bajo este aspecto. En Hollywood se ha tomado el deporte como objeto principal, y todo el resto de la acción gravita alrededor de él y es preciso dosificarlo, ponerlo, si usted quiere, como acompañamiento, como se pone la mayonesa para acompañar al pescado. No concibo en absoluto el porvenir del film deportivo tal como allí se ejecuta, puesto que la trama es de una puerilidad que asusta. ¿El deporte es toda la vida? No, ¿verdad? Y si no es toda la vida el todo de la vida, ¿por qué ha de llenar todo el film? Yo creo, por el contrario, que es preciso dosificarlo diestramente y hacer que el público lo acepte de buen grado, sin forzar el mecanismo, sin retorcimientos absurdos. Aquí desempeño un papel de joven deportista al que le pasan toda clase de aventuras y que, por fin, vuelve a su pasión favorita, porque es sana y porque vale más consolarse de las desgracias en un campo de rugby o en una pista de carreras pedestres, aspirando el aire puro a pleno pulmón, con los cabellos al viento, que ahogar las penas entre drogas y alcoholes sutiles y multicolores...

Entonces, este film es una lección de moral, ¿no es eso?

—¡Así lo puede usted decir, y muy alto! ¿No es el deber de un film el de orientar, sobre todo, a las multitudes, hacia sanas y verdaderas doctrinas?... Ya sabe usted que generalmente se dicen pestes del cine entre un determinado sector de la sociedad que no lo conoce y que no se digna conocerlo siquiera y que... pero, comprendo que me estoy metiendo en un terreno que no pertenece más que a la crítica, y esto es otra historia...

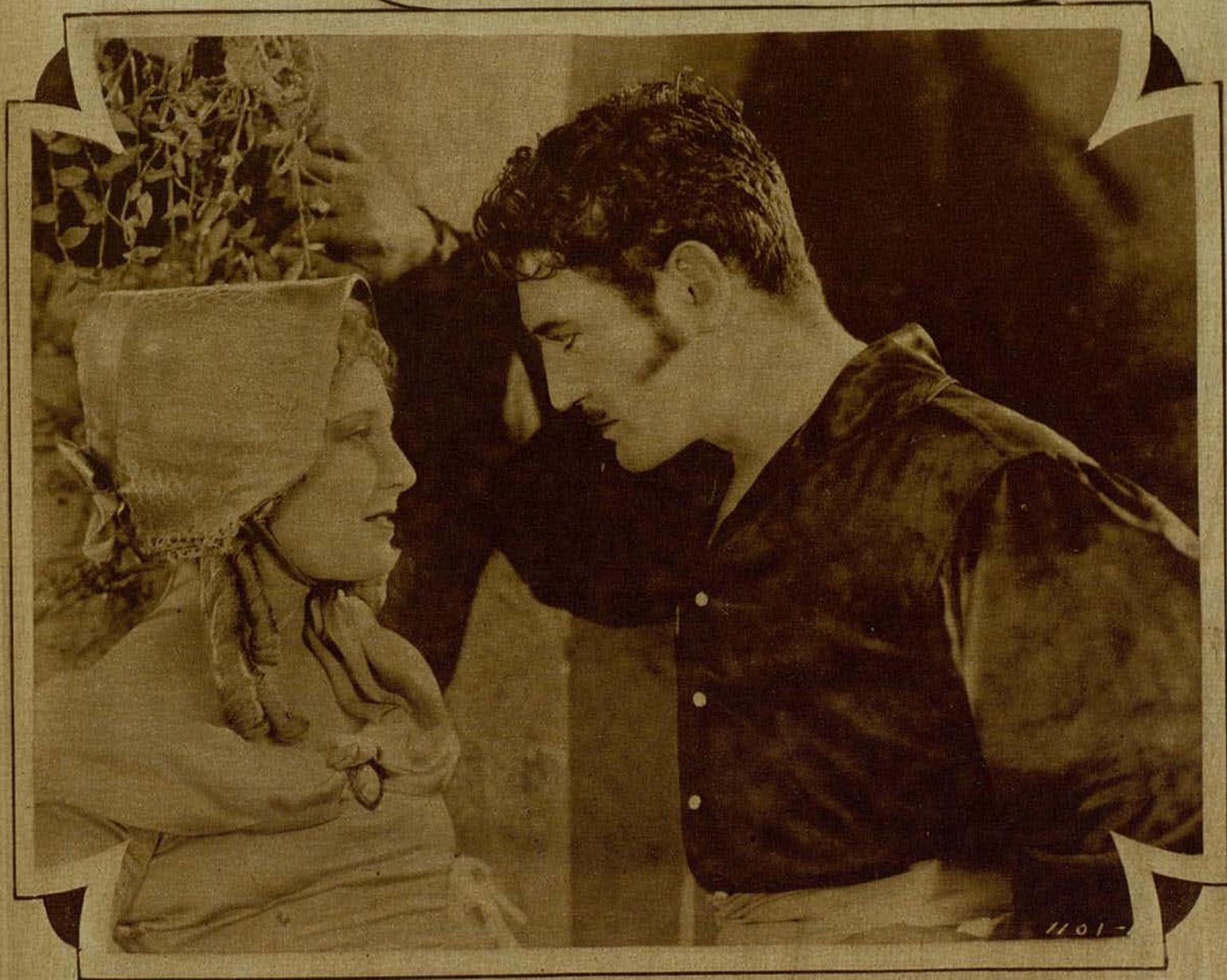
Rolla Norman empezó a silbar un conocido aire de «fox-blue» y saltó diestramente por encima de un taburete.

H. G.

La genial actriz Margaret Mann rodeada de James Hall, Francis Bushman, Charles Martin y Eduard Meeker, que interpretan el film Titan Fox "Cuatro hijos"



Richard Dix, actor de la Paramount, en una de sus creaciones.





Una escena de "Susana la pianista" producción First, interpretada por Corinne Griffith y Tom Moore.



En el film Titán Fox, "Cuatro Diablos," segunda producción americana de Hurnau, intervienen los célebres artistas Janet Gaynor y Charles Mortin.



Un favorito de la pantalla, con su madre. He aquí una fotografía de Farina, de la M.C.M. con el traje correspondiente a su sexo.